

ESCAPE BOOK

Agradecimientos

Gracias a Óscar y Alicia por encerrarme en una habitación y no dejarme salir. Gracias a Laia, Greta y Rita por encerrarse conmigo cada día. Gracias a Montse por ayudarme a encontrar las llaves. Gracias también a Ferran por comprobar que fueran las correctas. Y gracias a Irene y Javier por darme una cerradura donde ponerlas.

© Ivan Tapia, 2017

www.cocolisto.com

Con la colaboración de Montse Linde Aguirre

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Calle Josefa Valcárcel, 42 - 28027 Madrid

lunweg@lunweg.com

www.lunweg.com

www.facebook.com/lunweg

<http://twitter.com/Lunwegfoto>

Diseño de la cubierta e ilustraciones del interior: Run Design

Creación y realización: Lunweg, 2017

Primera edición: febrero de 2017

ISBN: 978-84-16890-08-8

Depósito legal: B-23182-2016

Imprime: Liberdúplex

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ESCAPE BOOK

**El secreto del
Club Wanstein**

Ivan Tapia

**LUNWERG**
EDITORES

LEER ANTES DE USAR

Los juegos de escape son experiencias en las que los participantes deben poner a prueba su inteligencia, habilidad, observación y creatividad para resolver una misión.

En un *escape book* no se explica cómo el protagonista resuelve un acertijo. En un *escape book*, el auténtico protagonista es el lector, que debe dar respuesta a los retos que se le proponen si quiere saber por dónde continuar leyendo, ya que los capítulos del libro están desordenados.

¿Cómo jugar con este libro?

Lee cada capítulo hasta llegar al siguiente símbolo del candado.



Una vez allí, al igual que la protagonista de *El secreto del Club Wanstein*, Candela Fuertes, deberás volver atrás y resolver los enigmas que se han planteado durante el capítulo. Con cada enigma resuelto encontrarás un número, y este te indicará la página por donde seguir la historia.

¿Y qué pasa si no consigues resolver los enigmas?

No te preocupes. Al final de cada capítulo se indica la página donde consultar las pistas que te ayudarán a conseguir tu objetivo.

Si lo prefieres, también tienes la opción de ir a cocolisto.com/escapebookwanstein, donde Candela Fuertes te explicará de viva voz cómo continuar.

Tú decides si quieres utilizar una pista, todas las pistas o ninguna. Tú eres quien regula la dificultad del libro: puedes ir hacia delante y hacia atrás siempre que lo creas necesario.

Espero que seas capaz de escapar, junto a Candela Fuertes, de este *escape book*.

¡Suerte!



EL PRINCIPIO

A Candela le quedan 56 minutos de vida.



TIC... TAC... TIC... TAC... TIC... TAC... TIC... TAC...

En el suelo de una habitación, el cuerpo de una mujer joven con los ojos cerrados. ¿Muerta? Su pecho sube y baja, débilmente, arriba..., abajo..., arriba... Está viva. La falda de su vestido largo ha quedado arremangada; podemos verle las medias, negras y rotas. Tiene revuelta la melena caoba. La piel, demasiado blanca, contrasta con sus labios rojos.

Arriba..., abajo..., arriba... La luz de emergencia es demasiado tenue. Un sonido suave, persistente, resuena en la sala oscura. Son las turbinas que hace un momento se han puesto en marcha para succionar el gas mortífero que minutos antes ha salido por los aspersores ocultos en el techo.

Arriba..., abajo..., arriba... La mujer abre los ojos. Intenta parpadear, pero no consigue cerrarlos. Intenta hablar, pero su boca no se abre. Un segundo, dos segundos. Parpadea por fin, y se desliza una lágrima que le corre el rímel. El tiempo se acaba, pero su cuerpo, por más que ella lo intenta, sigue sin moverse.

Solo le quedan 56 minutos.

La mujer centra su energía en la respiración. Inspirar..., espirar..., inspirar... No puede moverse, está desorientada. Intenta hablar, pero no lo consigue. Tiene miedo. Inspirar..., espirar..., inspirar... Lo intenta de nuevo y sus labios se mueven.

—Me llamo... Candela Fuertes.

La voz regresa en un susurro. El movimiento vuelve, lentamente. Gira la cabeza a un lado y observa el espacio que se insinúa a través de la oscuridad. Inspirar..., espirar..., inspirar... Gira la

cabeza al otro lado. Cloc. Se da un golpe contra la pared, suave, pero suficiente para conectar sus neuronas y encender de nuevo la luz de su cerebro. Todo lo demás continúa en penumbra.

Candela Fuertes. Periodista. Veintiocho años. Muchas historias que contar, algunas que callar y ninguna que olvidar. De ella depende el futuro de millones de personas que no la conocen. Y le quedan pocos minutos de vida.

Ya sabe dónde está; ya sabe cómo llegó. Lo que no sabe es cuánto tiempo ha pasado. Pero sabe que, si no consigue levantarse, su futuro se acabará, y con él el mundo tal y como lo conocemos. Se mueve, músculo a músculo. A una velocidad intermedia entre un gusano de seda y un dragón de Komodo, Candela consigue sentarse.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

A gatas palpa el suelo. Busca... Busca... y encuentra un cronómetro. Se lo ata a la muñeca: marca 54 minutos para morir.

—O mejor, para vivir.

Apoyándose en la pared, bajo la tenue luz, Candela se levanta. No tiene ni idea de por dónde salir. Está encerrada. Debe escapar, pero no será fácil. Aunque ya lo sabía cuando entró en el Dédalo, el laberinto de muerte creado por Anastás Vecla.

TIC... TAC... TIC... TAC... TIC... TAC... TIC... TAC...

Primero fue un caso más, después fue el caso y ahora es su vida. Hace tres meses empezó a investigar sobre Anastás Vecla, el gran gurú de las finanzas, admirado por sus enemigos y temido por sus amigos. El hombre que cambia el curso de la economía mundial con un solo tuit. Candela revisó fotos, foros, comentarios, notas de sociedad, biografías, declaraciones, blogs, hasta que acabó topando con la existencia del Dédalo en una entrevista en televisión. El magnate de las finanzas hablaba sobre su «infalible» sistema de seguridad, con unas medidas de control que rayaban lo criminal.

—Señor Anastás, ¿qué sucedería si un intruso entrara en el Dédalo? —preguntó el presentador del programa.

—Muy sencillo. Un gas venenoso acabaría con su vida en sesenta minutos si no se inyectara a tiempo el antídoto correspondiente. Solo yo puedo salir de él.

Anastás acompañó la frase de una sonrisa ladeada, atractiva. Candela, sentada delante del televisor en el futón de su casa, no podía creerlo. Ese hombre le repugnaba, pero, aun así, no podía dejar de mirarlo.

Peor aún fue la respuesta que dio el magnate cuando el presentador le preguntó sobre la dudosa legalidad de dicho sistema. Mirando directamente a la cámara, Anastás Vecla contestó:

—El intruso iría al cementerio y yo iría a juicio. Pero puedo asegurarle que valdría la pena. Tengo los mejores abogados.

A continuación, con esa sonrisa tan característica suya, retó a todo aquel que quisiera intentarlo a poner a prueba su capacidad. Candela se estremeció.

—Os puedo asegurar que el Dédalo es infranqueable. Estoy tan seguro de ello que puedo decirlos dónde se encuentra la entrada: justo detrás de la mesa de mi despacho, en el castillo de Ferulic. Si alguien tiene ganas, está invitado a visitarme.

Candela se sintió retada. Tentada.

—Te pillaré, maldito arrogante.

Recién acabada la carrera de Periodismo, Candela vivió el desahucio de la abuela de uno de sus mejores amigos. La mujer perdió su piso a manos de un banco que no tuvo reparo en ponerla de patitas en la calle. Toda la vida cuidando su casa de cuarenta metros cuadrados para acabar en la habitación de invitados de su nieto. Murió dos meses después: de un ataque al corazón, dijeron los médicos; de pena, dijo su nieto. Candela ayudó a su amigo a enfrentarse al banco. Perdió. Aprendió. Maduró y decidió dedicar su vida a desenmascarar a los que ponen de rodillas a la gente de a pie.

No hay nada que le guste más a Candela que iluminar cuentas opacas, emblanquecer dinero negro, pasados oscuros o negocios poco transparentes.

Seis años más tarde, ya como periodista de investigación reconocida, Candela es la luz que ilumina el mundo en la era de la comunicación. Aunque por poco tiempo, si no consigue escapar. Le quedan 53 minutos.

TIC... TAC... TIC... TAC... TIC... TAC... TIC... TAC...

La desorientación desaparece poco a poco y el corazón de Candela late con fuerza de nuevo. Escapar. Avanzar. No detenerse. Le duele la cabeza y le cuesta respirar; seguramente es el veneno. Si Anastás Vecla dijo que del laberinto solo podía salir él, es que hay una salida. Su bolso ha desaparecido y con él su teléfono móvil. Está sola.

—Piensa, Candela, piensa.

Piensa. ¿Cómo lo haría él? Es difícil ver, porque la luz de emergencia no llega a todos los rincones. Candela se acerca a la pared de su izquierda y a tientas la palpa. Paso a paso, mano a mano. Los ojos cerrados; todos los sentidos en tensión. Paso a paso, mano a mano. Primera pared. Esquina. Nada de nada. Siguiendo pared. Paso a paso, mano a mano. Una ranura... ¿Madera? Candela se detiene. Abre los ojos. La resigue con los dedos. Una puerta. Parece la puerta por la que ha entrado. Está cerrada.

Paso a paso, mano a mano, Candela recorre toda la sala. Una ranura... ¿Metal? Tiene más de un metro de ancho. Candela no respira: palpa, huele, escucha. Siente la esperanza que tiene por delante. Mano a mano, dedo a dedo. Un botón... No sabe qué pasará si lo aprieta. No tiene tiempo. Todo o nada. Cierra los ojos con fuerza y...

Clic.

La sala se ilumina. Seis metros por seis metros aproximadamente de la nada más absoluta. Un espacio desnudo, vacío. Ni muebles, ni cuadros, ni mesas. Nada. Solo las paredes de un gris anodino; y el silencio, ahora que las turbinas han parado.

—Piensa, Candela, piensa.

Mira con detenimiento la puerta metálica. En el lado derecho hay un teclado numérico. Aprieta una tecla al azar. Beep. Luego otra. Beep. Y otra. Beep. Y otra. Meec. La puerta continúa cerrada.

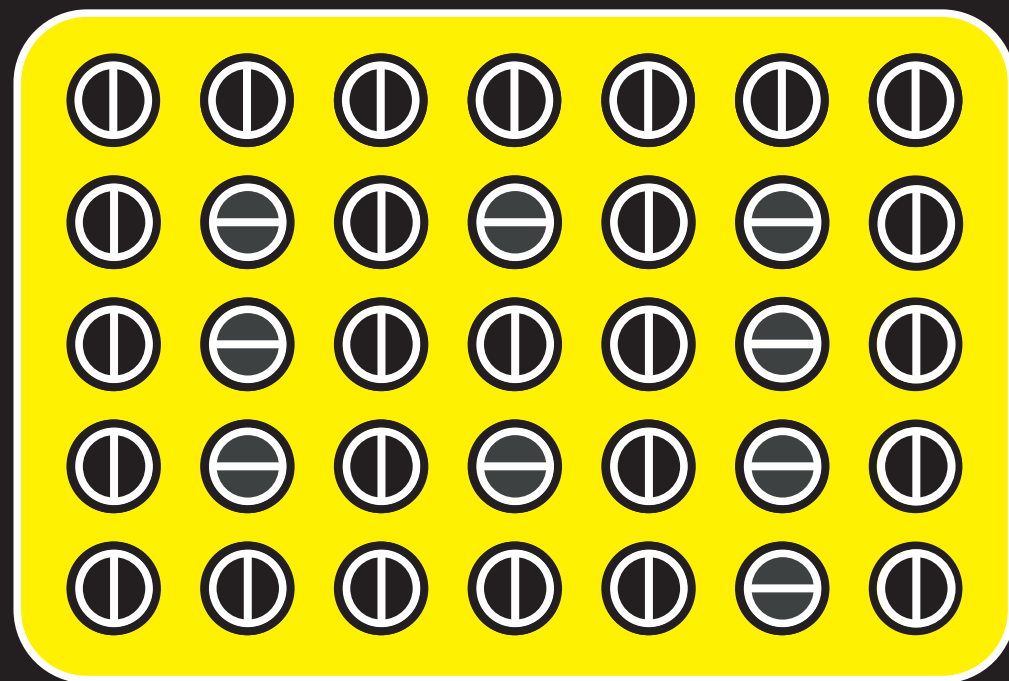
—Necesito una combinación de tres números.

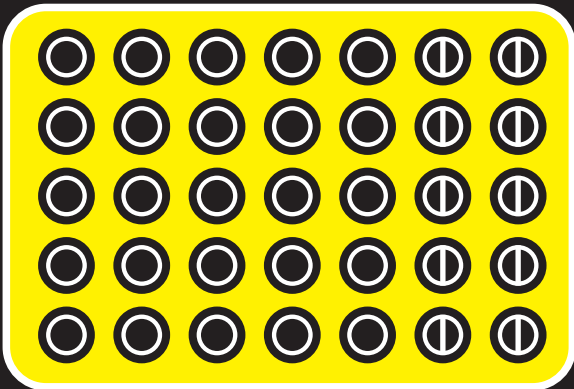
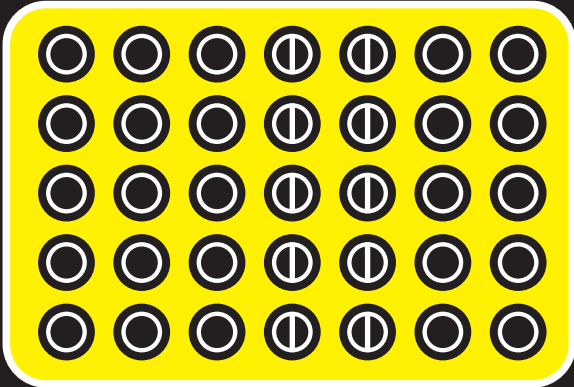
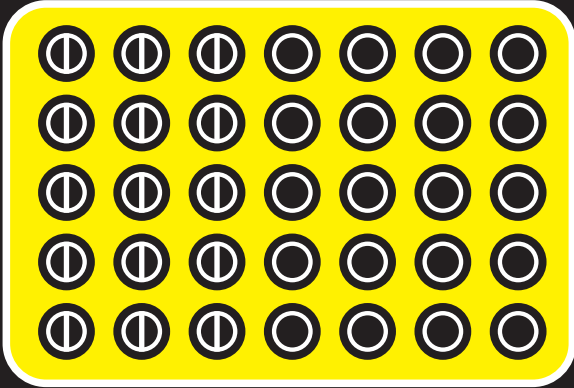
Sabe que existe una posibilidad. Tiene miedo. ¿Qué habrá detrás de la puerta? ¿Cuánto tiempo la dejará Anastás con vida?

Candela se siente observada. Nota el peso de sus ojos en la nuca. Se recoge el pelo en un moño y se mete el borde de la falda en la cinturilla para que no le entorpezca los pasos si tiene que correr. Mira la compuerta que tiene delante. Lo que hay en este lado ya lo sabe: muerte. Solo queda un camino, hacia delante. Ahora, con la luz encendida, vuelve a observar la sala atentamente. Están las dos puertas: una por la que ha entrado y otra por la que ha de salir. Y en las paredes descubre unas placas metálicas que con las manos no había encontrado. Están llenas de tornillos. Una placa a la izquierda y tres, más pequeñas, a la derecha.

—Ahí está el secreto, ¿no?

El juego acaba de empezar y Candela debe abrir la puerta de la primera sala si quiere seguir con vida. Quedan 52 minutos para que el juego acabe.





En esta página, el enigma sigue sin estar resuelto.
Descubre la clave para saber por dónde continuar.

Si lo necesitas, puedes consultar las pistas de la página 143,
o escucharlas en voz de la propia Candela Fuertes en:

cocolisto.com/escapebookwanstein/enigma1



Escribe aquí la clave para recordarla más adelante.